

En este segundo volumen de su biográfica y emotiva trilogía familiar, el cineasta vuelca los profundos demonios que le dejó de por vida la tormentosa relación con su estricto padre

## El juicio interminable, las tribulaciones de Bergman

por **GONZALO TORNE**

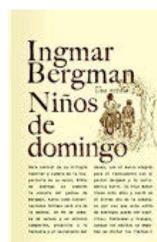
«Desde el pasado invierno viene alimentando una angustia que se repite con frecuencia: que papá y mamá ya no quieren seguir viviendo juntos». En esta frase está encapsulada buena parte de la novela de Ingmar Bergman: los miedos de un niño, Pu, que percibe cómo su mundo está a punto de derrumbarse por unas fuerzas que justo en ese momento está empezando a tratar de comprender y dominar: el erotismo, las envidias, los resquemores, la amargura... Pu no termina de entender lo que se cierne a su alrededor, pero no por eso puede dejar de intentarlo, ¡son sus padres!, ¡es su vida! ¿Cómo renunciar a comprender? Pero aplica un juicio moral sin musculatura.

Bergman (1918-2007) elige un punto de vista tan jugoso como complicado para escribir *Niños de domingo*, y aunque no se acerca al provecho que le saca Henry James en *Lo que Maisie sabía* (el talento de un gran maestro es tan natural que a veces necesitamos compararle con un escritor menos dotado para que resalten sus méritos) logra efectos notables.

Desde este ángulo el cineasta sueco intenta la reconstrucción de un mundo (es de suponer que el de su infancia, pero cualquiera sabe) y antepone la plasmación del espacio a las

historias que se cuentan en él. La economía del relato, lejos de exigirle a cada observación que cumpla un papel en el progreso de la trama, permite que se describan personajes que no volverán a salir, espacios que no tendrán mayor protagonismo, piezas de mobiliario o rincones arquitectónicos que comparecen por el propio gusto de consignarlos, recrearlos y dejar constancia. A esta porción de tiempo recuperado se le añaden los sueños y la presión de los muertos gracias a la habilidad visionaria de Pu, que como niño nacido en domingo se le supone sensible a la presencia sobrenatural.

Bergman describe una serie suelta de anécdotas donde Pu se acerca a diversos aspectos repelentes de la vida: los celos, el abuso, la mierda, la fealdad, la pobreza... Un mundo rural salpicado de personas «deformes» a la mirada del niño (bocios, tiñas, jorobas, cuerpos enclenques) y recorrido por una agresividad moral a la que Bergman contrapone su talento para la descripción de la naturaleza, a la que arranca destellos de gran belleza (memorables las primeras páginas del libro) como si solo ella, que estaba aquí mucho antes de que Pu abriese los ojos y perdurará mucho después de que los cierre, pudiese escapar de las angustias del joven.



**INGMAR BERGMAN**  
**NIÑOS DE DOMINGO**  
Traducción de Marina Torres.  
Fulgencio Pimentel.  
160 pp. 19 euros.

**DEL CELULOIDE AL PAPEL**  
La inmensa estatura del Bergman cineasta ha eclipsado su faceta literaria. Esa que, por fortuna vertió en su trilogía familiar ('La buena voluntad', 'Niños de domingo' y 'Encuentros privados') que ahora recupera Fulgencio Pimentel, en sus memorias fílmicas 'Linterna mágica' (Tusquets) o en guiones literarios como 'Persona', publicado por Nórdica en 2018 junto al excepcional 'Cuaderno de trabajo (1955-1974)'.

Por el contrario, Bergman se muestra mucho más dubitativo en la disposición de los personajes, como si estuviese incómodo con la «ceguera» de la novela, que no permite «ver nada», y obliga a describirlo todo verbalmente: marcas e indicios semánticos para despertar la imaginación del lector. Esta alquimia se escapa por completo a las habilidades de Bergman, que se limita a amontonar indicaciones incoloras.

Y es que donde *Niños de domingo* descuella es en el pulso moral que Pu libra consigo mismo para averiguar qué piensa de su padre, cómo le juzga dentro del litigio familiar. ¿Puede ser el mismo hombre que pierde los nervios y les pega a Pu y a su hermano la bestia generosa y alegre que llena al muchacho de felicidad cuando pedalean o se bañan juntos en el río? Para Pu el problema de la vida es que si son la misma persona, y que su juicio debe incluir esta doble naturaleza.

Aunque la novela transcurre en el pasado, el narrador se permite tres excursiones al futuro, donde un Pu maduro, al que vemos supuestamente expurgado de las implicaciones personales que dejan los buenos y los malos recuerdos, se enfrenta a un padre enfermo, viudo y cercano a la muerte, para descubrir con una indiferencia fingida que el juicio no está cerrado.

En estas contracciones del tiempo se revela que por mucho material que traigamos ante el tribunal (así puede leerse *Niños de domingo*, como un acopio de pruebas), el propósito de la institución quizás no sea dictar sentencia, sino seguir hablando y debatiendo; removiendo los posos para mantener viva la más escurridiza y absorbente de las actividades humanas: averiguar qué pensamos de los seres queridos, que quizás lo sean porque nunca podemos llegar a conclusiones definitivas, porque siempre vamos a estar hablando y pensando en ellos. **L**